

De este modo el camino recorrido por estas páginas puede describirse como el esfuerzo del filósofo para desarrollar un argumento apologético relevante a la mentalidad contemporánea. Un esfuerzo por adentrarse en la intencionalidad del conocimiento y en la peculiaridad de la verdad que conduce a poder establecer las características del hombre que permitan hablar con sentido de un Dios personal desde el contexto cultural actual definido, en buena medida, por la presencia constante de diferentes desarrollos científicos. Por eso el esfuerzo por eliminar la tentación naturalista de explicar al hombre significa hacer sitio para la demostración de la existencia de Dios y se revela como la tarea apologética primordial en nuestros días.

Enrique MOROS

---

**Xavier PIKAZA**, *Teodicea. Itinerarios del hombre a Dios*, Salamanca: Sígueme, 2013, 14 x 22, 447 pp., ISBN 978-84-301-1849-6.

La pregunta por la existencia de Dios, en el trasfondo de la experiencia universal del mal, es el punto de arranque del presente libro. Responde al fruto maduro de toda una experiencia personal y docente acumulada a lo largo de años por su autor: la que ahora ofrece, como estímulo, al lector para que haga suya en primera persona la ineludible cuestión de Dios, que no es algo postizo o añadido, sino que afecta a lo más profundo del alcance, del significado de la existencia humana. Junto a la ausencia creciente de Dios en nuestra sociedad, convive, con no menor vigor, una búsqueda inquieta que pregunta por su existencia. Los cuatro grandes bloques temáticos del libro nos introducen en diversos aspectos de esta realidad, desde perspectivas más fenomenológicas hasta otras estrictamente filosóficas, antropológicas y metafísicas.

La Primera Parte (*Dios, el despertar humano*) nos sitúa ante el despliegue de la idea de Dios en la conciencia del hombre: tan antigua como la propia humanidad, no parece ser unívoco, en cambio, ni su origen ni su desarrollo: si son millones los hombres que han creído en Dios, a partir de la Ilustración, sobre todo, no son pocos los que se encargan de ponerlo en cuestión. Mundo, sociedad y experiencia simbólica son como tres espacios que originan otros tantos modos de pensar a Dios, de cuestionarle e incluso de negarle. El mo-

noteísmo sostiene que si bien Dios está más allá de nuestras razones, se comunica e interviene en la historia humana de diversos modos, sin perder por ello su carácter trascendente: ante la realidad numinosa que le supera, el hombre no puede sino experimentar una profunda admiración por la majestad y el misterio; el atractivo fascinante que sobre él ejerce se convierte en invitación graciosa, así como en una fuerza pavorosa que le anima. Las figuras simbólicas del padre y de la madre, ambas complementarias aunque siempre revisables, se encuentran en el origen de una experiencia humana y religiosa, que nada tiene que ver con la pura ley o el fanatismo irracional. Distingue, pues, el autor, tres experiencias básicas sagradas que tienen que ver con la realidad del mundo, de la historia y de la propia interioridad, dando lugar a las diferentes formas de entender la religión: si en las religiones antiguas predomina la visión sagrada de la Naturaleza, en otras posteriores será la vida interior del hombre el lugar de lo divino, e incluso se podrá entender, finalmente, la Historia como el escenario del religioso encuentro.

En la Segunda Parte (*A favor y en contra: Argumentos de Dios*) analiza el autor los diversos argumentos acerca de la existencia de Dios, tal y como han sido planteados en la filosofía occidental, fundamentalmente aquellos que de un modo especial han marcado nuestra cultura, desde el momento en que fueron planteados hasta nuestros días. Recoge el autor, en primer lugar, el argumento cosmológico, que santo Tomás desarrolla en sus conocidas cinco vías, señalando el mérito que tienen –por ejemplo, el diálogo fecundo, la fe y la razón que implican o la racionalidad del cosmos que muestran–, pero sin omitir lo que considera su limitación y escaso valor científico para el hombre de hoy; por ello, manifiesta su preferencia más bien por argumentos vinculados a la existencia personal, a la libertad y a la cuestión moral. Si el argumento ontológico de san Anselmo sigue vigente, es porque parte de esa idea que todos tenemos –de alguna manera– de Dios, de un pensamiento humano capaz de llegar a Dios, mostrando una confianza vital del hombre en su razón, la cual, obra de Dios, tiene su misma grandeza y fecundidad. Los argumentos de índole moral hacen que Kant se separe de la vía cosmológica y ontológica, pues sólo la voluntad en su impulso moral puede colocar al hombre ante un imperativo categórico fundamental, desde el cual postular, con la libertad y la inmortalidad, también la existencia de Dios: en adelante, ésta será más objeto de fe confiada que de una demostración filosófica racional; garantía de una moralidad y felicidad definitivas, Dios no pasa de ser un postulado exigido para el comportamiento recto y universal. Por último, Pikaza recoge el sentimiento

religioso, como argumento de Schleiermacher, centrado en la afirmación de una dependencia radical y originaria. Pero aunque este sentimiento, que se asienta en lo más profundo de la vida humana, es una vivencia consciente, gracia de liberación, itinerario vital de compromiso y amor, no parece que sea suficiente para explicar la experiencia religiosa.

Si con estos argumentos, más o menos representativos de otros más, la filosofía occidental ha intentado defender la existencia positiva de Dios, no faltan en la modernidad, sin embargo, pensadores que de una manera u otra, y por diversos motivos, la cuestionan o la niegan abiertamente. Así, el Dios de Hegel termina por convertirse en un pensamiento absoluto racional, un Sistema o Estado universal, pero sin corazón para establecer una relación con los hombres en alteridad y libertad. Por otra parte, Feuerbach primero, y Marx después de él, harán de la idea de Dios no más que una proyección de aquella insatisfacción humana que encuentra su raíz en la alienación política, económica y social. Por ello, si el hombre y la sociedad quieren crecer y madurar, tendrán que pasar –piensa Comte– del estado religioso al filosófico y de éste al científico-positivo final, afirmación que basa en una oposición torpe e irreal entre la existencia de Dios y las afirmaciones de la ciencia. Con Nietzsche el anuncio de la muerte de Dios se hace declaración abierta y al servicio de una vida fuerte del hombre, voluntad de poder, estableciendo entre ambos una rivalidad y antagonismo que resulta fatal. Freud, por su parte, y desde el análisis clínico de un hombre enfermizo, no reconoce sino la voluntad de placer y un deseo originario reprimido como base de la religión.

Son éstos, pues, los argumentos que se han planteado acerca de la cuestión de Dios desde diversas perspectivas, como la ontológica, moral, existencial o económica. Expuesto todo lo cual, el autor orienta su reflexión hacia el mismo ser del hombre, imagen y semejanza de Dios, hacia la vida humana como un «lugar teológico» y, por tanto, como la mejor argumentación. Es el contenido de la Tercera Parte (*Ser hombre, prueba de Dios*): más que de una demostración de Dios en el sentido tradicional, Pikaza invita al lector simplemente a descubrir sus huellas en distintos ámbitos de nuestra existencia. La prueba de humanidad se basa en ese itinerario vital que cada uno, desde pequeño recorre, y en el que poco a poco descubre al que es la Fuente de la Vida. Sobre ella, la prueba del amor orienta el insaciable deseo de amar y ser amado, que anida en el corazón de todo hombre, hacia lo Alto, hacia la Fuente del amor verdadero. A partir de la prueba de acción nuestro autor subraya el papel que juega la responsabilidad del sujeto a la hora de construir su pro-

pio futuro, actividad en la que se sabe cimentado y como acompañado por Otro mayor que sí. Un Tú divino que, en lugar de ahogar la iniciativa propia del hombre la hace posible: es la prueba de libertad, la que destaca el protagonismo insustituible que cada uno tiene en su propia historia, en su propia vida, y de la que Dios, lejos de enemigo, se muestra garante y defensor. Si la teodicea tiene alguna tarea de difícil solución, ésta es la que presenta el problema del sufrimiento, el problema de la existencia del mal: la prueba de historia da respuesta a la pregunta clave por el sentido, por los motivos de la esperanza, por la fuente de la verdadera liberación, a partir de un Dios que ha querido compartir en carne propia la vivencia dramática del dolor. Es, por último, la prueba de comunicación, aquella que se apoya en la palabra de un ser que es racional, la que recoge el eco de otra Palabra superior: ésta del Verbo eterno de Dios, de un Dios que en su eterno interior, es dialogo fecundo de amor.

Que éstos sean otros tantos itinerarios existenciales hacia Dios no significa que éste sea evidente, sino todo lo contrario: es en un arriesgado salir de todo desencanto religioso, como el hombre puede recuperar la auténtica esperanza; es en el compromiso sincero del amor, dice Pikaza, como el hombre puede superar el desencanto y el hastío que la política –y su perversión– genera; es, finalmente, en el gozo que produce el servicio desprendido de la vida como todo hombre puede superar el desencanto que una crisis económica, como la actual, produce. Ésta es la tarea importante que el autor confía al hombre y sólo en la medida que la cumple es como el hombre encuentra definitivamente a Dios.

Este libro acaba con una Cuarta Parte (*Ser Dios, paradoja del hombre*) en la que se analizan diversas antinomias que pertenecen a la realidad misma de Dios, aparentemente sin conciliación posible, pero que muestran aspectos, en realidad, complementariamente enriquecedores. Infinito, sin representación posible, Dios es también –en su aseidad absoluta– principio y raíz de todos los demás entes que existen en la historia; naturaleza universal, que todo genera, la idea de Dios es también –y en otro nivel de realidad– producto fundamental de nuestra cultura; seno materno de donde todo brota, Dios es también conocido cuando el hombre se descubre a sí mismo en él engendrado; noticia transmitida y heredada, Dios culmina en su revelación cuanto los hombres pueden saber y decir a propósito de él; vida trascendente, inabarcable por ninguna realidad contingente de este mundo, Dios ha tenido a bien descender y ha entrado en la historia de los hombres y los pueblos.

La Conclusión con la que el libro se cierra (*Conclusión, camino abierto. La idolatría económica*) pretende descender de la posible abstracción, en la que todo lo anterior –según el autor– nos ha podido situar, al terreno de la historia y lo concreto. En diálogo con algunas afirmaciones de Kant, el autor afirma que no es tanto el ateísmo el problema de nuestro tiempo, sino más bien la idolatría: la del capitalismo mercantil, la del egoísmo universal imperante, la de una economía que considera al hombre al margen de su vida y un mercado atroz que lo esclaviza. Si esto es así, será únicamente desde la irrupción de un planteamiento ético, más aún, desde la presencia de un Dios que es amor y comunión, como el hombre podrá recuperar su vocación esencial, en la perspectiva de la gratuidad y la donación; y al hacerlo, podrá recuperar el verdadero camino hacia Dios.

He aquí, por tanto, este nuevo libro sobre la cuestión filosófica de Dios. Interesante, porque el tema lo es, su lectura y comprensión no resultan especialmente complicadas. Lo cual no significa que no se contengan afirmaciones cuestionables, matizables al menos, e incluso de ambigua interpretación.

El autor parece decantarse más que por una demostración –en el sentido clásico del término– de la existencia de Dios, por una moderna postulación, al más puro estilo kantiano, o siguiendo las huellas de la reciente fenomenología existencial: «No estoy seguro de que Dios existe –afirma al inicio de la obra–, sin embargo, estoy seguro de que está más cerca de mí que mi propia entraña». Si esta postura implica la misma desconfianza que, respecto a la capacidad del entendimiento humano, tuvo el filósofo alemán, es un problema que convendría precisar: bien pudiera ser que, sin llegar a tal extremo, Pikaza defiende, junto a aquélla, la espontaneidad de otra argumentación. Pero si, en efecto, mostrar la vida del hombre como única prueba implicara negar el peso de la racionalidad ante el misterio de Dios, no podemos menos que separarnos del autor, o al menos buscar una precisión más exacta. Los argumentos tradicionales de toda la filosofía anterior –me pregunto–, ¿han perdido su valor? Puede que la frescura del lenguaje de este libro sea sugerente, pero en el fondo resulta siempre necesaria la solidez de una base profundamente metafísica, si uno no se quiere encontrar con profundos inconvenientes. Sin negar que esté, afirmo que no es fácil encontrar la mencionada cimentación en esta obra.

Juan Carlos GARCÍA JARAMA